

Reflexiones durante la cuarentena. El producir y el cuidar

Amaia Prieto Arratibel

Universidad Autónoma de Madrid

Antropología para momentos críticos/15. Museo Nacional de Antropología

El proyecto de la Modernidad se caracterizó por extender un modelo civilizatorio basado en la explotación del territorio y de los cuerpos. Este modelo de pensamiento produjo una arquitectura social basada en la separación entre naturaleza y cultura lo que, a su vez, conllevó un modelo de pensamiento económico que desligó las actividades productivas de los ciclos de reproducción de la naturaleza, así como de las actividades reproductivas, invisibilizando tanto los primeros, como las segundas. Este modelo obvió que los seres humanos, en todas partes y en todos los tiempos, somos seres interdependientes y ecodependientes. Esta ‘fantasía de la individualidad’, como la llama Almudena Hernando, se ha hecho más que evidente en el actual contexto de crisis sanitaria. La pandemia ha vuelto visibles procesos hasta el momento en los márgenes de la sociedad. Si algo hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo, es que nuestros cuerpos son vulnerables, que necesitamos quien nos cuide y acompañe en los procesos de enfermedad, de duelo o, de desempleo, en la infancia y en la vejez, y que el modelo de crecimiento económico que llevamos alimentando durante siglos no es compatible con la vida porque, entre otros aspectos, destruye espacios y especies y degrada ecosistemas facilitando, de esta manera, la expansión de enfermedades.

Los cuidados, entendidos como aquellas actividades y procesos que ayudan a mantener cotidianamente la vida y la salud, tanto física como mental, de nuestros cuerpos, son indispensables porque no hay nadie que sea completamente independiente. Los necesitamos en el momento en el que nacemos para adquirir un lenguaje, alimento, protección, para desarrollarnos como personas diferentes y para adquirir autonomía de movimiento. Esos procesos no son igualmente intensos a lo largo de todo el ciclo vital, no necesita el mismo cuidado un infante, un enfermo, una persona dependiente, una persona sana, una joven o quien se encuentra ya inmerso en la vejez. No obstante, nuestro modelo civilizatorio ha invisibilizado y naturalizado esas actividades produciendo una división sexual del trabajo que jerarquizó las actividades productivas, dotándolas de prestigio, frente a las actividades reproductivas, que fueron relegadas en la marginalidad y adscritas, en nuestra sociedad, a las mujeres. Y, sin embargo, esta crisis ha abierto una ventana para repensar estas cuestiones. En el marco de la pandemia, algunos trabajos han sido definidos como esenciales. Precisamente, aquellos que se ocupan de nuestro sostenimiento vital: tiendas de alimentación, transportes, agricultura, sanidad, información, limpieza, atención a personas mayores, entre otros. Se han dado, y se están dando, redes de cuidados en los barrios, bancos de alimentos, o apoyo psicológico y de acompañamiento en el duelo aunque, probablemente, éste último no de forma tan intensiva como sería necesario. De esta manera, hemos sido testigos de cómo, de un día para otro, muchos de los trabajos socialmente menos valorados y peor pagados (trabajadoras de la limpieza, supermercados, atención a la tercera edad, enfermeras, trabajadoras sociales y un largo etcétera) han resultado fundamentales, al mismo tiempo que hemos sido conscientes del deterioro que nuestro sistema público de sanidad sufrió

tras la crisis del 2008. Esto nos abre la ventana a repensar qué actividades están ayudando a sostener la vida, y cuáles la están degradando. A debatir sobre los trabajos socialmente necesarios; qué empleos son indispensables para que nuestras sociedades se articulen de una forma saludable y sostenible, y cuáles son prescindibles.



“La revolución de los balcones. La vida al centro” Pancarta vista en la Calle Campana de Pamplona/Iruña. Foto de Amaia Prieto.

Porque he aquí otra de las cuestiones fundamentales que deberíamos aprender de esta crisis. La forma en la que nuestro modelo civilizatorio ha relacionado bienestar con trabajo asalariado, y la contradicción que este hecho entraña. El trabajo ha devenido una relación social que organiza nuestros ciclos vitales y nuestro día a día. Organiza nuestra vida en una tríada, como la denomina Luis Enrique Alonso, de juventud-formación para el empleo; madurez-mercado laboral; vejez-retiro, y nuestro día a día marcando aquel tiempo para el trabajo, en contraposición al tiempo de ocio (generalmente mediado por el consumo). Además, el trabajo es fuente de identidad, de ingresos y de derechos sociales. Esto es, la relación salarial, se ha convertido, como resultado de un proceso histórico, en fuente de derechos sociales, de bienestar y de redistribución de la riqueza. En definitiva, en fuente de integración social, al mismo tiempo que en un marcador de prestigio social. Como hemos visto, el actual modelo económico se ha erigido sobre una división del trabajo que ha producido una jerarquía no solo entre actividades productivas y actividades reproductivas, sino también entre las propias actividades productivas (algunas ocupaciones tienen más prestigio que otras), o entre el hecho de poseer o no poseer un trabajo remunerado (tener un empleo posee una mayor valoración social que no tenerlo).

Como diría Dominique Méda, se nos ha olvidado actuar sin consumir o producir; hemos olvidado la vida contemplativa. En nuestra sociedad, el trabajo ordena nuestro mundo.

Pero esto no siempre fue así. Las actividades productivas no siempre han estado desligadas de su entorno, y la relación salarial no siempre ha sido considerada fuente de bienestar o valoración social. De hecho, algunos antropólogos como Michel Panoff o Philippe Descola constataron que, entre algunos grupos humanos, no existe una noción general de ‘trabajo’ que agrupe a todas las actividades productivas. Así pues, nuestras sociedades del trabajo han sido producto de un proceso histórico y social que nos ha hecho creer que la única forma de procurarnos lo necesario para la vida es a través de un empleo, y que, por tanto, cualquier empleo es bueno, más allá de sus condiciones.

Que el trabajo y la relación salarial son fundamentales en nuestra forma de comprender el mundo queda patente cuando en los discursos tanto gubernamentales, como de la oposición, la destrucción de empleo aparece como una preocupación central. Pase lo que pase, no debe destruirse empleo. Tal es el mantra de los denominados ‘agentes sociales’ estos días; de los principales sindicatos y de la patronal. El confinamiento, así como el cierre de negocios e industrias, es dramático, no solo por sus aspectos más sociales (alejamiento de familias y amistades, duelos en soledad...), sino también porque en una sociedad donde el trabajo asalariado es aquello que nos permite un bienestar y el acceso a una ciudadanía sustantiva, la falta de empleo no hace sino aumentar las desigualdades ya existentes y condenar a la pobreza a un porcentaje cada vez mayor de la población. Solo así podríamos explicar la tardanza en la toma de medidas drásticas de algunos gobiernos o las afirmaciones de algunos gobernantes de que es mejor mantener la economía a flote que salvar vidas, porque el desempleo lleva a la pobreza, ésta al hambre, y éste a la muerte.



Concentración de la Red Solidaria de Acogida, Valiente Bangla y la Red Interlavapiés frente al Centro de Salud de Lavapiés para visibilizar la barrera idiomática a la que se enfrentan las comunidades migrantes en el acceso a los recursos sanitarios y sociales y exigir la implantación de servicios de intérpretes-mediadores que garanticen el derecho a la salud para todas. Fotografías de Eliza Arrieta.

Vemos, por tanto, de qué manera la pandemia ha hecho palpable una contradicción entre salud y bienestar y economía, invisibilizada también en nuestro modelo civilizatorio. He aquí un ejemplo de la contradicción entre capital y vida de la que hablan las economistas feministas. Nuestro modelo civilizatorio ha relegado las ideas de la buena vida y del bienestar y las ha sometido a la lógica de la acumulación y del crecimiento constante. Una lógica que dejó de tener en cuenta hace ya mucho tiempo los tiempos de los ciclos de reproducción de la naturaleza y la importancia de los cuidados en nuestro desarrollo y en nuestras vidas. Una lógica que nos ha llevado hasta esta crisis global. Quizá, esta pandemia nos abra una ventana hacia la transformación de este modelo civilizatorio depredador que pone a algunos en este mundo para producir por producir y a otras para cuidar. Quizá sea el momento de debatir colectivamente sobre los trabajos socialmente necesarios, sobre la transición ecológica, sobre el reparto de trabajo, la derogación de la ley de extranjería, el cierre de los CIES, el establecimiento de sistemas de cuidados público-comunitarios o la renta básica. En definitiva, sobre cómo le damos la vuelta a esta situación sin dejar, verdaderamente, a nadie en el camino.